

# Historia e indefensión: movilización de masas y formas contemporáneas de anticapitalismo\*

*History and Helplessness: Mass mobilization and contemporary forms of anti-capitalism*



ILUSTRACIÓN: Anatomie de la guerre. VIDAL [<http://www.vidalwashere.com>]

## **Moishe POSTONE**

*University of Chicago*

Traducción de Álvaro Briaies (Universidad Complutense de Madrid) y Miguel León (Universidad Complutense de Madrid)

BIBLID [ISSN 2174-6753, Vol.10: v1002]

Artículo ubicado en: [www.encrucijadas.org](http://www.encrucijadas.org)

Fecha de recepción: noviembre de 2015 || Fecha de aceptación: diciembre de 2015.

---

\* Artículo originalmente publicado en: Postone, M. 2006. "History and Helplessness: Mass mobilization and contemporary forms of anti-capitalism", *Public Culture*, 18(1): 93-110. Agradecemos a Moişhe Postone y a Duke University Press la cesión de los derechos del artículo para su publicación en *Encrucijadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales* con fines no comerciales y en acceso abierto.

**NOTA DE LOS TRADUCTORES:** Si no hay un cambio de tendencia, nos acercamos a un futuro visiblemente desolador: la brutalidad de los atentados de París del pasado mes de noviembre de 2015, la guerra en Siria y en tantos de los llamados “Estados fallidos”, el reciente “pacto de Estado” en España y la demonización de quien no lo suscriba, Le Pen arrasando en Francia, poderes diversos azuzando la islamofobia, el eurocentrismo y la derechización de toda Europa... Para entender algo de todo esto, decidimos leer y traducir *History and Helplessness*, un artículo del historiador y sociólogo marxista Moishe Postone, escrito en el contexto estadounidense tras los atentados del 11-S y las movilizaciones contra la guerra de Irak en 2003. Aunque no necesariamente suscribamos todas las posiciones de Postone, nos parece de enorme actualidad su tratamiento, original y crítico, de algunos de los problemas que seguimos enfrentando, y creemos que puede ayudar a comprender por qué diversas formas de violencia adquieren cada vez más centralidad en el periodo neoliberal del capitalismo, especialmente durante sus crisis. Hoy, cuando se intenta deslegitimar la posibilidad misma de buscar explicaciones sociopolíticas a esas formas de violencia —como si ello equivaliese a justificarlas— resulta aún más urgente actualizar y fortalecer los discursos críticos antes de que la espiral de miedos y guerras fetichizadas cierre en clave neofascista el ciclo de luchas abierto por la crisis global de 2008 y el 15M en España. Valga esta contribución de Postone para animar y renovar una reflexión crítica de los distintos imperialismos y fundamentalismos. que, si no los paramos, nos empujan a un permanente Estado de excepción en el cual será muy difícil hacer política por otros medios que no sean los de la guerra.

**RESUMEN:** En este artículo Moishe Postone analiza las relaciones generales entre el giro estructural global hacia el neoliberalismo de los setenta y la evolución de las concepciones políticas de la izquierda occidental respecto al internacionalismo, la política antihegemónica y la violencia.

La crisis del estatocentrismo asociada al neoliberalismo, derivó en el declive de los Estados de Bienestar, del “socialismo realmente existente” y en el fin de la Guerra Fría. Aunque se abría una nueva época en la dominación del capital, también emergía la posibilidad de un nuevo internacionalismo global. Sin embargo, un internacionalismo dualista se ha mantenido implícitamente en distintos movimientos: así se muestra, por ejemplo, en la importante ausencia de análisis críticos respecto a Oriente Próximo y el yihadismo, en las movilizaciones que identifican exclusivamente a Estados Unidos con el capital global, o en la indistinción entre diferentes formas de violencia política y resistencia. Se analiza y se ejemplifica históricamente cómo esas concepciones duales se han reproducido y/o diferenciado durante el siglo XX.

En síntesis, se critica que la izquierda no está enfocando adecuadamente la “indefensión” histórica a la que están sometidas las regiones del mundo dominadas respecto a las rivalidades interimperialistas. Históricamente, este vacío teórico-político está facilitando el surgimiento de formas de anticapitalismo más reaccionarias que emancipadoras.

**Palabras clave:** neoliberalismo, izquierda, internacionalismo, imperialismo, violencia.

**ABSTRACT:** In this article Moishe Postone analyzes the general relationship between the structural global turn towards neoliberalism which took place in the 1970s and the evolution of political conceptions within the western Left concerning internationalism, anti-hegemonic politics and violence.

The crisis of state-centrism, connected to neoliberalism, had as consequence the decline of welfare States, of “actually existing socialism”, and the end of the Cold War. Although a new epoch in capital’s domination was beginning, the possibility of a new global internationalism was emerging too. However, a dualistic internationalism has been implicitly maintained by different movements: it is showed as such, for example, in the significant absence of critical analysis concerning the Middle East and jihadism, in the mobilizations which identify exclusively the United States with global capital, or the inability to distinguish between different forms of political violence and resistance. The article analyzes and provides historical examples of how these dualistic conceptions have been reproduced and/or distinguished during the 20th century.

To sum up, the article criticizes the fact that the Left is not approaching adequately the historical “helplessness” that the dominated regions of the world are subjected to as result of imperialist rivalries. Historically, that theoretical and political gap has paved the way for forms of anticapitalism which are rather reactionary than emancipatory.

**Keywords:** neoliberalism, left, internationalism, imperialism, violence.

**PRINCIPALES APORTACIONES (HIGHLIGHTS):**

- Los patrones históricos a gran escala están enraizados en la dinámica del capital.
- El neo-antiimperialismo tiene una comprensión fetichista del desarrollo global.
- La violencia parece adquirir más importancia en las transiciones del capitalismo.
- La violencia se veía como expresión de la voluntad política, de la agencia histórica.
- La idea de resistencia carece de reflexividad.

Como es bien conocido, en el periodo que comienza a principios de los setenta se dieron transformaciones históricas estructurales masivas del orden global, lo que a menudo se ha llamado la transición del fordismo al postfordismo (o, mejor, del fordismo al capitalismo global neoliberal a través del postfordismo). Esta transformación de la vida social, económica y cultural, que ha implicado el socavamiento del orden estatocéntrico de mediados del siglo XX, ha sido tan fundamental como la anterior transición del capitalismo liberal del siglo XIX a las formas estatales intervencionistas y burocráticas del siglo XX.

Estos procesos no sólo han supuesto cambios de gran alcance en los países capitalistas occidentales. También abarcaron a los países comunistas, llevando al colapso de la Unión Soviética y del comunismo europeo, así como a cambios básicos en China. En consecuencia, estos procesos han sido interpretados como signos del fin del marxismo y de la relevancia teórica de la teoría crítica de Marx. Y sin embargo, estos procesos de transformación histórica también han reafirmado la importancia central de la dinámica histórica y de los cambios estructurales a gran escala. Esta problemática, que está en el corazón de la teoría crítica de Marx, es justamente aquello que eluden abordar las principales teorías contemporáneas a la era postfordista —las de Foucault, Derrida o Habermas. Las transformaciones recientes han mostrado que esas teorías eran retrospectivas, estaban críticamente centradas en la era fordista, pero no se adecuaban ya al mundo postfordista contemporáneo.

Subrayar la problemática de la dinámica histórica y sus transformaciones ilumina de un modo distinto todo un conjunto de cuestiones importantes. En este ensayo comienzo abordando los problemas generales del internacionalismo y la movilización política en la actualidad en relación con los cambios históricos masivos de las últimas tres décadas. Antes de hacerlo, sin embargo, voy a referirme brevemente a algunas cuestiones importantes que se engarzan de otra manera cuando son consideradas en el marco de las transformaciones históricas globales recientes: el problema de la relación entre democracia y capitalismo y su posible negación histórica —y de manera más general, de la relación entre la contingencia (y, por lo tanto, la política) y la necesidad históricas<sup>1</sup>— y la cuestión del carácter histórico del comunismo soviético.

Las transformaciones estructurales de las últimas décadas han supuesto la inversión de lo que hasta entonces parecía una lógica de incremento del estatocentrismo. Esas transformaciones han puesto consiguientemente en cuestión las nociones lineales de

---

<sup>1</sup> Para Postone (2006) en su principal obra, *Tiempo, trabajo y dominación social*, las necesidades históricas del capital son necesidades sociales "históricamente determinadas", y no necesidades de la Historia en general en el sentido del marxismo tradicional. A lo largo del artículo, cuando Postone utiliza el término "necesidad" se refiere a la constricción que las necesidades del capitalismo ejercen sobre las posibilidades de agencia y contingencia histórica [N. de los T.].

desarrollo histórico —ya sean marxistas o weberianas. Sin embargo, los patrones históricos a gran escala del “largo siglo XX”<sup>2</sup>, tales como el surgimiento del fordismo a partir de la crisis del capitalismo liberal del siglo XIX, así como el reciente declive de la síntesis fordista, sugieren que de hecho existe en el capitalismo un patrón dominante de desarrollo histórico. Esto implica, a su vez, que el alcance de la contingencia histórica está constreñido por esta forma de vida social. Centrándonos solamente en el ámbito de la política, las diferencias entre los gobiernos conservadores y socialdemócratas, por ejemplo, no pueden explicar por qué los regímenes de todo Occidente, independientemente del partido que estuviera en el poder, profundizaron y expandieron las instituciones del Estado de bienestar en los cincuenta, los sesenta y principios de los setenta, para de repente recortar esos programas y estructuras en las décadas siguientes. Por supuesto que han existido diferencias entre las políticas de diversos gobiernos, pero han sido diferencias de grado más que de naturaleza.

Mi argumento sería que estos patrones históricos a gran escala están en última instancia enraizados en la dinámica del capital, y que han sido pasados por alto en las discusiones sobre la democracia así como en los debates sobre los méritos de la coordinación social mediante la planificación frente a la coordinación social efectuada mediante los mercados. Estos patrones históricos implican un grado de constricción, de necesidad histórica. Sin embargo, intentar captar este tipo de necesidad no necesariamente la cosifica. Una de las importantes contribuciones de Marx fue fundamentar de un modo históricamente específico esta necesidad —esto es, los patrones a gran escala del desarrollo capitalista— a partir de determinadas formas de práctica social expresadas en categorías como las de mercancía y capital. Al hacer esto, Marx abordó estos patrones como expresiones de formas históricamente específicas de heteronomía que constriñen el alcance de las decisiones políticas y, por ende, la democracia. Su análisis implica que la superación del capital supone más que la superación de los límites de la política democrática que resultan de la explotación y la desigualdad sistémicas; también implica superar determinadas constricciones estructurales sobre la acción, expandiendo así el ámbito de la contingencia histórica y, del mismo modo, el horizonte de la política.

Si queremos usar el término “indeterminación” como una categoría social crítica, debería ser en calidad de objetivo de la acción social y política más que como una característica ontológica de la vida social. (De esta última manera tiende a presentarlo el pensamiento postestructuralista, lo que puede considerarse como una respuesta cosificada a una comprensión cosificada de la necesidad histórica). Las posiciones que ontologizan la indeterminación histórica enfatizan que libertad y contingencia están rela-

---

<sup>2</sup> Referencia de Postone al conocido texto de Giovanni Arrighi (1999) [N. de los T.].

cionadas. Pasan por alto, sin embargo, las constricciones que el capital, como forma de estructuración de la vida social, ejerce sobre lo contingente, y, por esta razón, son en última instancia inadecuadas como teorías críticas del presente. Dentro del marco que estoy presentando, la noción de indeterminación histórica puede ser reapropiada como aquello que deviene posible cuando las constricciones ejercidas por el capital son superadas. La socialdemocracia haría entonces referencia a los intentos de disminuir la desigualdad dentro del marco de la necesidad estructuralmente impuesta por el capital. Aunque indeterminada, una forma de vida social postcapitalista sólo podría surgir a partir de una posibilidad históricamente determinada generada por las tensiones internas del capital, y no a partir de un "salto de tigre"<sup>3</sup> fuera de la historia.

Una segunda cuestión general que plantean las recientes transformaciones históricas es la de la Unión Soviética y el comunismo, la del "socialismo realmente existente". Retrospectivamente, puede argumentarse que el auge y la caída de la URSS estuvo intrínsecamente relacionado con el auge y la caída del capitalismo estatocéntrico. Las transformaciones históricas de las últimas décadas sugieren que la Unión Soviética realmente formó sin duda parte de una configuración histórica más amplia de la formación social capitalista, por muy grande que fuera la hostilidad entre la URSS y los países capitalistas occidentales.

Esta cuestión está estrechamente relacionada con el internacionalismo y la política antihegemónica [*anti-hegemonic*], el tema de este ensayo. El colapso de la Unión Soviética y el fin de la Guerra Fría abrieron la posibilidad de un internacionalismo fortalecido y crítico a escala global. Tal internacionalismo sería muy diferente de aquellas formas de "internacionalismo" características de la larga Guerra Fría, que fueron básicamente dualistas y, en cuanto a su forma, nacionalistas [*nationalistic*<sup>4</sup>]; criticaban un solo "bloque" de modo que servían para legitimar la ideología del otro más que para considerar a ambos "bloques" como partes de un todo más amplio que debería haber sido el objeto de crítica. Desde ese enfoque, en el mundo post-1945 sólo había una potencia imperialista —el hegemón en el seno del otro "bloque".

Sin embargo, la primera década del siglo XXI no ha estado marcada por la fuerte emergencia de un internacionalismo post-Guerra Fría. En vez de ello, hemos visto un resurgimiento de formas más viejas, repeticiones tardías y huecas, del "internacionalismo" de la Guerra Fría. Este ensayo presenta algunas reflexiones muy preliminares

---

<sup>3</sup> La idea del "salto" histórico en la cultura marxista hace referencia a las conocidas anotaciones de Lenin en su lectura de la *Lógica de Hegel*. La metáfora del "salto del tigre" aparece en la catorceava tesis sobre la filosofía de la historia de Walter Benjamin. [N. de los T.].

<sup>4</sup> En inglés existen los términos *nationalistic* y *nationalist*. El primero enfatiza más una connotación de nacionalismo excluyente y/o de derechas; el segundo es el término político general. [N. de los T.].

sobre el resurgimiento de este “internacionalismo” dualista, como expresión del *impasse* en el que se encuentran muchos movimientos antihegemónicos, y al mismo tiempo reflexiona críticamente sobre diferentes formas de violencia política.

El *impasse* al que me estoy refiriendo se ha escenificado recientemente en muchas de las respuestas de la izquierda, en los Estados Unidos y en Europa, al atentado suicida contra el *World Trade Center* el 11 de septiembre de 2001, así como en el carácter de las masivas movilizaciones contra la guerra de Irak. El carácter desastroso de esta guerra, y más en general, de la administración Bush, no debiera oscurecer que en ambos casos los progresistas [*progressives*<sup>5</sup>] se vieron enfrentados con lo que se debería haber entendido como un dilema —un conflicto entre un agresivo poder imperial global y un movimiento antiglobalización profundamente reaccionario [al-Qaeda] en un caso, y, en el otro, [entre ese poder imperial] y un régimen brutal fascistizante. Sin embargo, en ninguno de los casos se dieron muchos intentos de problematizar este dilema y tratar de analizar esta configuración con la mirada puesta en las posibilidades de empezar a formular algo que se ha hecho extremadamente difícil en el mundo actual —una crítica con intenciones emancipadoras. Esto habría requerido desarrollar una forma de internacionalismo que rompiera con los dualismos del marco de la Guerra Fría que con demasiada frecuencia legitimó (como “antiimperialistas”) Estados cuyas estructuras y políticas no eran más emancipadoras que muchos de los regímenes autoritarios y represivos apoyados por el gobierno estadounidense.

En lugar de romper con esos dualismos, sin embargo, muchos de quienes se opusieron a las políticas estadounidenses recurrieron precisamente a estos inoportunos y anacrónicos marcos conceptuales y posturas políticas “antiimperialistas”. El núcleo de este neo-antiimperialismo reside en una comprensión fetichista del desarrollo global —esto es, una comprensión concretizadora [*concretistic*<sup>6</sup>] de procesos históricos abstractos en términos políticos y de agencia. Han fetichizado la dominación abstracta y dinámica del capital en el nivel global como la dominación de Estados Unidos, o, en algunas variantes, de Estados Unidos e Israel. No hace falta decir que el carácter desas-

---

<sup>5</sup> En inglés, *progressive* carece de las connotaciones especialmente socialdemócratas adquiridas por el adjetivo “progresista” en nuestra lengua; si Postone fuera un autor español, tal vez habría utilizado expresiones como “transformador” o “de izquierdas”, pero se ha preferido mantener una traducción lo más literal posible para evitar el riesgo de sobreinterpretación [N. de los T.].

<sup>6</sup> Aunque podría traducirse por “particularista”, para Postone lo “*concretistic*” se refiere a la dualidad marxiana concreto-abstracto que caracteriza la forma de la mercancía —valor de uso, valor— y del trabajo —concreto, abstracto. De aquí en adelante, cuando Postone habla de lo concreto remite a uno de los polos del sentido moderno de las dicotomías diferencia-igualdad, particular-universal, etc. Las concepciones “concretizadoras” serían aquellas basadas en el polo de la diferencia, de lo particular, de la tradición, o aquellas que cosifican las expresiones materiales de la dominación del capital. Para Postone, la crítica del fetichismo de la mercancía en Marx es una crítica de las dualidades tanto en el polo “abstracto” como en el “concreto” [N. de los T.].

troso, imperial e imperioso de la administración Bush ha contribuido poderosamente a que se dé esta fusión. Sin embargo, desafortunadamente resulta irónico que, en muchos aspectos, esta visión del mundo recapitule aquella de hace un siglo, en la que las posiciones de sujeto de Estados Unidos e Israel eran ocupadas por Gran Bretaña y los judíos. Este paralelismo —entre una crítica de la hegemonía que hoy se autopercebe como una crítica desde la izquierda, y lo que fue una crítica de derechas de la hegemonía—, aunque sea contraintuitivo, apunta a visiones del mundo fetichizadas y superpuestas, y nos sugiere que tales visiones podrían tener consecuencias muy negativas para la constitución hoy en día de una política antihegemónica adecuada.

Este renovado maniqueísmo —que está en las antípodas de otras expresiones de la antiglobalización como el movimiento contra las condiciones de hiperexplotación [*anti-sweatshop movement*] que se había desarrollado en la década anterior— ha venido acompañado de la reaparición de una confusión profunda respecto a la violencia política que, en ocasiones, había invadido a la Nueva Izquierda. De ello resulta una forma de oposición que pone de manifiesto algunas de las dificultades que enfrentan los movimientos antihegemónicos para enunciar una crítica adecuada en la era postfordista. Esta forma dualista de oposición antihegemónica no es pertinente para el mundo contemporáneo y, en algunos casos, incluso puede servir como una ideología legitimadora de aquello que hace cien años habría sido denominado como rivalidades imperialistas.

Primero permítanme centrarme brevemente en el modo en que muchos liberales y progresistas respondieron al atentado del 11 de septiembre. El argumento más común fue que la acción, por muy horrible que pudiera haber sido, debía entenderse como una reacción a las políticas estadounidenses, especialmente en Oriente Próximo [*Middle East*]<sup>7</sup>. Si bien es cierto que la violencia terrorista debería entenderse como política (y no simplemente como un acto irracional) el modo de abordar la política de la violencia que estos argumentos expresaban es, no obstante, totalmente desacertado. Este tipo de violencia no es entendida como una *acción*, sino como una *reacción* de los ofendidos, dañados y oprimidos. Mientras la violencia misma no es necesariamente afirmada, rara vez se cuestiona la política de la violencia que ésta implica. En su lugar, la violencia se explica (y a veces implícitamente, se justifica) como una respuesta. Dentro de este esquema, sólo hay un actor en el mundo: Estados Unidos.

Este tipo de argumento se centra en las injusticias sufridas por aquellos que realizan este tipo de acciones, sin cuestionar el marco de sentido dentro del cual se expresan aquellas injusticias. Las acciones que derivan de esos marcos de sentido se toman

---

<sup>7</sup> Los siguientes artículos ejemplifican el tipo de posición que estoy esbozando: Klein (2001), Fisk (2001), Zinn (2001), Chomsky (2001).

simplemente como expresiones de ira, por desafortunadas que sean<sup>8</sup>. Tales argumentos ni cuestionan la visión del mundo que motivó dicha violencia, ni analizan críticamente el tipo de política que implica la violencia intencionalmente dirigida contra civiles. En consecuencia, estos argumentos pueden convertirse implícitamente en apolo-géticos más que en políticos; prácticamente no intentan comprender los cálculos es-tratégicos implícitos —por parte no tanto de quienes lanzan las bombas como de quie-nes los entrenan— e ignoran las cuestiones ideológicas. Por ejemplo, supone un grave error interpretar en términos muy estrechos que las injusticias experimentadas que derivan en un movimiento como al-Qaeda son una simple reacción a las políticas esta-dounidenses e israelíes. De esa manera, simplemente se omiten otras muchas dimen-siones del nuevo yihadismo. Por ejemplo, cuando Osama bin Laden se refirió al golpe infligido a los musulmanes hace ochenta años, no se estaba refiriendo a la fundación del Estado de Israel, sino a la abolición del Califato por Atatürk en 1924, y, por tanto, a la supuesta unidad del mundo musulmán —mucho antes de que Estados Unidos se involucrara en Oriente Próximo, y antes de que se fundara Israel. Hay que hacer notar que la visión expresada por Bin Laden es más global que local, lo cual es una de las características más destacadas del nuevo yihadismo, en lo que se refiere tanto a las luchas que éste apoya (convirtiéndolas en manifestaciones de una única lucha), como a la ideología que lo mueve. Y un aspecto importante del carácter global de esa ideo-logía ha sido el antisemitismo.

Abordar el antisemitismo es de crucial importancia cuando se tratan cuestiones de globalización y antiglobalización, aunque ello puede estar sujeto a malentendidos de-bido al grado en que los regímenes israelíes han usado la acusación de antisemitismo como ideología para legitimarse y desacreditar así cualquier crítica seria a las políticas israelíes. Es sin duda posible formular una crítica fundamental y no antisemita de esas políticas y, de hecho, se han formulado muchas críticas así. Por otra parte, la crítica a Israel no debería cegarle a uno ante la existencia hoy en día de un antisemitismo ge-neralizado y virulento en el mundo árabe/musulmán. Y, como voy a intentar desarrol-lar a partir de aquí, el antisemitismo plantea un problema muy concreto para la iz-quierda.

Las secuelas del 11 de septiembre revelaron hasta qué punto los motivos antisemitas se han expandido en el mundo árabe. (En este ensayo no trataré el tema del resurgi-miento del antisemitismo y/o la negación implícita del Holocausto en Europa). Las ex-

---

<sup>8</sup> La ausencia de un análisis crítico sólido de movimientos como al-Qaeda o Hamas, o de los regímenes baazistas de Irak o Siria, sugiere que esta posición de tipo “quien siembra vientos, recoge tempestades” implica que la oposición política de los críticos occidentales a las políticas estadounidenses se proyecta sobre los actores que realmente operan en Oriente Próximo. Se toma en serio el sufrimiento y la miseria [*misère*] de estos actores, pero sus políticas e ideologías quedan entre paréntesis.

presiones de esta ideología contienen la idea —muy extendida en Oriente Próximo— de que sólo los judíos pudieron organizar el atentado contra el *World Trade Center*, así como la amplia difusión en el mundo árabe de *los Protocolos de los Sabios de Sión* —la infame invención zarista, ampliamente distribuida en la primera mitad del siglo XX por los nazis y por Henry Ford, cuyo propósito era hacer pública la conspiración judía para dominar el mundo. La extensa e intensa expansión de este tipo de pensamiento conspirativo global se reveló de manera dramática en la reciente serie egipcia de televisión *Horseman without a Horse* [El jinete sin caballo], que utilizó los *Protocolos de los Sabios de Sión* como una fuente histórica, y la difusión en los medios de comunicación árabes de acusaciones salidas de libelos de sangre propios del medievo cristiano —según las cuales los judíos mataban a niños no judíos para utilizar su sangre con fines rituales.

Estos sucesos deben tomarse en serio. No deberían tratarse como una manifestación relativamente exagerada de una comprensible reacción frente a las políticas israelíes y/o estadounidenses, ni tampoco deberían ser puestos entre paréntesis como resultado del miedo, dualísticamente fundado, a que poner el foco sobre ello implicara solamente más ocupaciones israelíes de Cisjordania y Gaza. Sin embargo, captar su significación política requiere comprender el antisemitismo moderno. Por un lado, el antisemitismo moderno es una forma de discurso esencializador que, tal como ocurre en todos estos discursos, comprende los fenómenos sociales e históricos en términos biologicistas o culturalistas. Por otro lado, el antisemitismo puede distinguirse de otras formas esencializadoras, tales como la mayoría de formas de racismo, por su carácter populista aparentemente antihegemónico y antiglobal. Mientras que la mayor parte de formas de pensamiento racial normalmente imputan un poder corporal/sexual concreto al Otro, el antisemitismo moderno atribuye un enorme poder a los judíos, que es abstracto, universal, global e intangible. En el corazón del antisemitismo moderno, está la noción de que los judíos forman una conspiración secreta internacional inmensamente poderosa. En otro lugar he argumentado que la moderna visión antisemita del mundo entiende la dominación abstracta del capital —que somete a las personas a las exigencias de misteriosas fuerzas que no pueden percibir— como la dominación de la *Judería Internacional*<sup>9</sup>.

Por consiguiente, el antisemitismo puede tener una apariencia antihegemónica. Esta es la razón por la cual hace un siglo August Bebel, el líder socialdemócrata alemán, lo denominó el socialismo de los necios. Dado su desarrollo posterior, también se podría haber llamado el antiimperialismo de los necios. Como forma fetichizada de la conciencia de oposición [*oppositional consciousness*] es especialmente peligrosa, porque

<sup>9</sup> Se refiere al artículo "La lógica del antisemitismo" (Postone, 2001) [N. de los T.].

parece ser antihegemónica, la expresión de un movimiento de la gente común contra una forma intangible y global de dominación.

Es una forma fetichizada y profundamente reaccionaria de anticapitalismo que querría discutir comenzando por el reciente auge del antisemitismo moderno en el mundo árabe. Es un grave error ver esta oleada de antisemitismo sólo como una respuesta a Estados Unidos e Israel. Tal reducción empiricista sería semejante a una explicación del antisemitismo nazi como una mera reacción al Tratado de Versalles. Si bien las políticas estadounidenses e israelíes han contribuido sin duda a la aparición de esta nueva ola de antisemitismo, Estados Unidos e Israel ocupan posiciones de sujeto en la ideología que van mucho más allá de sus roles empíricos reales. Yo diría que esas posiciones también hay que entenderlas en relación con las transformaciones históricas masivas que se han producido desde principios de los setenta, en relación con la transición del fordismo al postfordismo.

Un aspecto importante de esta transición ha sido la creciente importancia de las redes y flujos económicos supranacionales (como opuestos a los internacionales), que ha ido acompañada de un declive de la soberanía nacional efectiva —por la creciente incapacidad de las estructuras de los Estados-nación (incluidas las de las metrópolis nacionales) para controlar con éxito los procesos económicos. Esto se ha puesto de manifiesto con el declive del Estado de bienestar keynesiano en Occidente y el colapso de los Estados burocráticos de partido en el Este. Todo ello ha estado asociado con la creciente diferenciación vertical entre ricos y pobres dentro de todos los países, así como entre países y regiones.

El colapso del fordismo ha significado el fin de la fase de desarrollo dirigida desde el Estado y basada en el nivel nacional —sobre la base bien del modelo comunista, bien del modelo socialdemócrata, bien del modelo estatista-desarrollista del Tercer Mundo. Esto ha planteado enormes dificultades para muchos países y enormes dificultades conceptuales para todos aquellos que vieron al Estado como un agente de cambio y desarrollo positivos.

El colapso de la síntesis fordista de mitad de siglo ha tenido efectos diferenciales; éstos han variado en diferentes partes del mundo. Es bien conocido el relativo éxito con que Asia Oriental se ha subido a la nueva ola de la globalización postfordista, así como el desastroso declive del África subsahariana. Menos conocido es el fuerte declive del mundo árabe que fue revelado de manera dramática en el *Informe sobre el Desarrollo Humano Árabe de las Naciones Unidas* de 2002, según el cual la renta per cápita en el mundo árabe se ha reducido en los últimos veinte años hasta un nivel justo por encima al del África subsahariana. Incluso en Arabia Saudí, por ejemplo, el PIB per cápita

se redujo de 24.000 dólares a finales de 1970, a 7.000 dólares a principios de este siglo.

Las razones de este declive son complejas. Yo sugeriría que una importante condición estructural para el relativo declive del mundo musulmán de habla árabe ha sido la fundamental reestructuración histórica a la que aludí anteriormente. Sean cuales sean las causas, las estructuras de Estado autoritarias asociadas con el nacionalismo árabe de la época fordista de posguerra se mostraron incapaces de adaptarse a estas transformaciones globales. Puede argumentarse que estas transformaciones debilitaron y socavaron el nacionalismo árabe más aún de lo que lo que hizo la derrota militar ante Israel en 1967. Estos procesos históricos abstractos pueden parecer misteriosos “sobre el terreno”, más allá de la capacidad de los actores locales para influir sobre ellos, y pueden generar sentimientos de impotencia.

Al mismo tiempo, por múltiples razones, los movimientos sociales y políticos progresistas dirigidos contra el status quo en Oriente Próximo fueron excesivamente débiles, o, como en Irak o Sudán, violentamente reprimidos. (La desgracia añadida de estos movimientos progresistas es que los regímenes autoritarios laicos que los eliminaron, o fueron considerados como progresistas en el marco dominante de la Guerra Fría, o ni tan siquiera fueron objeto de un análisis crítico constante y progresista). El fracaso tanto de los nacionalistas árabes como de los regímenes monárquicos supuestamente tradicionales creó un vacío, pues ambos eliminaron a sus respectivas oposiciones progresistas. Este vacío ha sido llenado por los movimientos islamistas, los cuales pretenden explicar el declive aparentemente misterioso que han sufrido los pueblos del mundo musulmán de habla árabe, declive que ha generado una palpable sensación de desilusión y desesperación política.

Un factor que contribuye a esta forma ideológica y reaccionaria de entender la crisis de toda una región es el grado en que la lucha palestina por la autodeterminación ha sido instrumentalizada durante décadas por los regímenes árabes, como un pararrayos nacionalista para desviar la ira popular y el descontento. (Nuevamente, por evitar malentendidos innecesarios —decir que las luchas palestinas han sido instrumentalizadas no desacredita esas luchas en sí mismas). Sin embargo, la tendencia a atribuir la miseria de las masas árabes y, de manera creciente, de las clases medias cualificadas, a malvadas fuerzas externas, se ha vuelto mucho más intensa con el actual declive del mundo árabe. El marco ideológico que ya estaba disponible para dar sentido a este declive fue enunciado por pensadores como el ideólogo de los Hermanos Musulmanes en Egipto, Sayyed Qutb, quien rechazó la modernidad capitalista al considerarla un complot creado por judíos (Freud, Marx, Durkheim) para socavar a las sociedades “sa-

nas". En su imaginario antisemita, Israel simplemente era la cabeza de puente de una poderosa y perniciosa conspiración global. Este tipo de ideología había sido apoyada y promovida por los esfuerzos de la propaganda nazi en Oriente Próximo en las décadas de 1930 y 1940. Fue reforzada fuertemente por la ideología soviética de la Guerra Fría tras la guerra de 1967, que introdujo motivos antisemitas en su crítica de Israel, y que contribuyó a la propagación de una forma de antisionismo, fuertemente imbuido de temas antisemitas tales como una repugnancia singular [hacia los judíos] y la noción de un poder conspirador global, que se difundió por Oriente Próximo y por algunos segmentos de la izquierda —especialmente en Europa— durante las últimas tres décadas.

Sin embargo, el gran incremento del alcance y la importancia de la visión antisemita del mundo en Oriente Próximo durante las últimas décadas, en mi opinión también debería entenderse como la difusión de una ideología supuestamente antihegemónica que se enfrentaría con los efectos negativos y perturbadores de fuerzas históricas aparentemente misteriosas. En otras palabras, sugiero que hay que entender la propagación del antisemitismo y de las formas de islamismo antisemita (tales como los Hermanos Musulmanes egipcios y su rama palestina, Hamas) como la propagación de una ideología anticapitalista fetichizada que pretende dar sentido a un mundo que se percibe como amenazante. Esta ideología puede ser suscitada y exacerbada por Israel y sus políticas, pero su repercusión se basa en el relativo declive del mundo árabe en el contexto de las transformaciones estructurales masivas asociadas con la transición del fordismo al capitalismo neoliberal global. El resultado ha sido un movimiento antihegemónico populista profundamente reaccionario y peligroso, especialmente para cualquier esperanza de una política progresista en el mundo árabe/musulmán.

Pese a ello, más que analizar este tipo de resistencia reaccionaria de modo que sirviera para apoyar otras formas de resistencia más progresistas, muchos en la izquierda occidental o bien lo han ignorado o bien lo han racionalizado como una desafortunada, si bien comprensible, reacción a las políticas israelíes en Gaza y Cisjordania. Yo sostendría que esta postura política básicamente acrítica está relacionada con una identificación fetichizada de Estados Unidos con el capital global. Esta fusión tiene muchas implicaciones. Una de ellas es que otras potencias, como por ejemplo la Unión Europea, no son juzgadas críticamente como potencias emergentes cohegemónicas/competidoras en un orden capitalista global dinámico, cuyas posiciones ascendentes ayudan a moldear los contornos del poder global actual. Más bien, el papel de la UE, por ejemplo, queda entre paréntesis o se trata implícitamente como un remanso de paz, de entendimiento y justicia social. Esta forma de malentendido está relacionada con la tendencia a comprender lo abstracto (la dominación del capital)

como lo concreto (la hegemonía estadounidense). Yo diría que esta tendencia expresa una profunda y fundamental indefensión [*helplessness*], tanto conceptual como políticamente.

Permítaseme tratar de desarrollar este punto a través de una reflexión sobre las movilizaciones masivas en tantas partes del mundo contra la guerra estadounidense en Irak. A primera vista, las movilizaciones recientes parecen ser una repetición del gran movimiento contra la guerra de la década de los sesenta. Sin embargo, yo diría que hay diferencias fundamentales entre ambos. Considerar esas diferencias puede arrojar luz sobre el actual *impasse* de la izquierda.

Los movimientos contra la guerra en los sesenta fueron encabezados por muchas personas para quienes la oposición a la guerra emprendida por Estados Unidos en Vietnam estaba intrínsecamente relacionada con una lucha más amplia por un cambio político y social de signo progresista. Se puede argumentar que ese fue también el caso de los movimientos que se opusieron a las políticas estadounidenses hacia el régimen de Cuba, el gobierno socialista en Chile, los sandinistas en Nicaragua o el CNA [Congreso Nacional Africano] en Sudáfrica. En todos estos casos, se consideraba que Estados Unidos era una fuerza conservadora opuesta a dichos cambios. Se criticó de un modo particularmente fuerte la oposición estadounidense a los movimientos de liberación nacional precisamente porque a éstos se los veía positivamente. (Es cierto que existen diferencias importantes entre quienes consideraron los movimientos de liberación nacional como fuerzas de un cambio progresista. Una importante diferencia se dio entre quienes consideraron estos movimientos positivamente porque se los vio como una vanguardia en la expansión del "bloque socialista", y por tanto como parte de la Guerra Fría, y aquellos para quienes estos movimientos eran importantes por ser movimientos de liberación autóctonos que socavaban la bipolaridad de la Guerra Fría y cuya relación positiva con la URSS era circunstancial –como efecto de la hostilidad estadounidense. Sin embargo, a pesar de sus diferencias, lo que ambas posiciones generales tenían en común era que valoraban positivamente este tipo de movimientos en el contexto global). Independientemente de cómo se juzguen en la actualidad estas valoraciones positivas, lo que caracterizó entonces los movimientos contra la guerra de hace una generación era que la oposición a la política estadounidense fue, para muchos, expresión de una lucha más general por un cambio progresista.

Las recientes movilizaciones masivas contra la guerra a primera vista parecen ser lo mismo. Pero un examen más detenido revela que, políticamente, son muy distintas. Su oposición a Estados Unidos no se ha hecho en nombre de una alternativa más progresista. Por el contrario, el régimen baazista en Irak —un régimen cuyo carácter

opresivo y brutalidad superó con creces, por ejemplo, a los regímenes militares asesinos de Chile y Argentina en los setenta y ochenta— de ninguna manera podría ser considerado progresista o potencialmente progresista. Sólo unos pocos grupos sectarios como ANSWER (que, por desgracia, ejercieron alguna influencia en el más amplio movimiento contra la guerra) reivindicaron afirmativamente el régimen de Saddam Hussein. Sin embargo, ese régimen no fue y no había sido objeto de un análisis político constante y crítico desde la izquierda. En vez de ello, su carácter negativo quedó en buena medida entre paréntesis cuando se definieron las posiciones contrarias a la guerra. Sin embargo, esto significa que las recientes movilizaciones contra la guerra ya no tenían el mismo tipo de significado político que tuvieron en el pasado, puesto que estas movilizaciones recientes no expresaron ningún tipo de movimiento orientado a un cambio progresista. De hecho, todo el discurso del cambio fue cedido a la derecha.

De ninguna manera todo esto significa que quienes defendían un cambio progresista deberían haber apoyado a la administración Bush y su guerra. Pero las recientes movilizaciones masivas no expresaron ni ayudaron a constituir lo que se puede argumentar que resultaba pertinente para ese contexto —un movimiento de oposición a la guerra de Estados Unidos que, al mismo tiempo, fuese un movimiento para un cambio radical tanto en Irak como en Oriente Próximo en general. En Estados Unidos, se realizó muy poca pedagogía política que fuese más allá de los típicos eslóganes. Es significativo a este respecto que, por lo que yo sé, en ninguna de las manifestaciones masivas contra la guerra se contó con iraquíes de la oposición progresista que podrían haber aportado una perspectiva más matizada y crítica sobre Oriente Próximo. Yo diría que esto representó un elocuente fracaso político por parte de la izquierda.

Una de las ironías de la situación actual es que, la adopción de una posición “antiimperialista” fetichizada en la cual la oposición a Estados Unidos ya no se siente obligada a defender el cambio progresista, es que tanto los liberales como los progresistas han permitido que la derecha neoconservadora estadounidense de la administración Bush se apropie e incluso monopolice lo que tradicionalmente había sido el lenguaje de la izquierda, el lenguaje de la democracia y la liberación. Es evidente, por supuesto, que si bien el régimen de Bush habla de un cambio democrático en Oriente Próximo, éste realmente no va a ayudar a que tal cambio se produzca. Sin embargo, que sólo la administración Bush planteara esta cuestión revelaba duramente lo que la izquierda no hizo.

Si, hace una generación, la oposición a la política estadounidense implicaba el apoyo explícito a las luchas de liberación que se consideraban progresistas, en la actualidad

la mera oposición a la política estadounidense se considera por sí misma antihegemónica. Paradójicamente, ello se debe en parte a la desgraciada herencia que dejó la Guerra Fría, y a la visión dualista del mundo asociada con ésta. La categoría espacial de "bloque" [*camp*], que expresa una versión global del "Gran Juego"<sup>10</sup>, fue el sustituto de las categorías temporales respecto a las posibilidades históricas de la emancipación, como la negación histórica determinada del capitalismo. Esto no sólo ayudó a emborronar la idea del socialismo como un horizonte histórico más allá del capitalismo, sino que además contribuyó a una comprensión sesgada de los sucesos internacionales.

En la medida en que el "bloque progresista" era definido por un marco espacial esencialmente dualista, en el plano internacional el contenido del término *progresista* se volvía cada vez más contingente, dependiendo del equilibrio global de poder. Lo que la Guerra Fría parece haber borrado de la memoria, por ejemplo, es que la oposición a un poder imperial no es necesariamente progresista, pues también hubo "antiimperialismos" fascistas. Esta distinción se hizo borrosa durante la Guerra Fría, en parte debido a que la URSS se alineó con regímenes autoritarios, por ejemplo en Oriente Próximo, que tenían muy poco que ver con los movimientos socialistas y comunistas, que en todo caso tenían más en común con el fascismo que con el comunismo y que, de hecho, intentaron liquidar a su propia izquierda. En consecuencia, el antiamericanismo *per se* quedó codificado como progresista, aunque hubo y ha habido tanto formas profundamente reaccionarias como formas progresistas de antiamericanismo.

¿Por qué la izquierda —incluyendo a aquella parte que no veía con buenos ojos a la Unión Soviética— adoptó este marco dualista de la Guerra Fría, conservando su armazón incluso tras la Guerra Fría? ¿Cómo fue posible que muchos progresistas se arrinconaran de tal modo que pareciese que la única cuestión política global era la política de Estados Unidos, independientemente de la naturaleza de otros regímenes?

Me gustaría empezar a abordar este problema indirectamente, refiriéndome a la cuestión de la violencia política. Como ya mencioné, aquellos que criticaron la enorme ola de ira y nacionalismo que barrió Estados Unidos tras el 11 de septiembre, con frecuencia señalaron la gran cantidad de rabia dirigida contra Estados Unidos, especialmente en los países árabes y musulmanes. Sin embargo, esta posición general normalmente evitó analizar el *tipo* de política que el atentado del 11 de septiembre estaba expresando. Es significativo que un atentado como este no se realizase hace dos o tres décadas por grupos que tenían todo tipo de razones para sentir ira contra Estados Unidos —por ejemplo, los comunistas vietnamitas o la izquierda chilena. Es importan-

---

<sup>10</sup> Término que hace referencia a las luchas interimperialistas entre Gran Bretaña y Rusia en el siglo XIX [N. de los T.].

te señalar que la ausencia de un atentado así no fue casual en aquel entonces, sino una cuestión de principios políticos. De hecho, un atentado dirigido principalmente contra la población civil estaba fuera del horizonte de los imaginarios políticos de estos grupos.

La categoría "ira" [*anger*] no es suficiente para comprender la violencia del 11 de septiembre. Hay que entender las formas de violencia en términos políticos, y no apoloéticos. Permítaseme dar un ejemplo: a mediados de los ochenta, en el comité central del Congreso Nacional Africano se dieron presiones políticas internas para iniciar una campaña de terror contra civiles sudafricanos blancos. Estas demandas expresaban un deseo de venganza así como la idea de que los sudafricanos blancos estarían de acuerdo con el desmantelamiento del apartheid sólo si éstos llegaban a sufrir tanto como los sudafricanos negros. El comité central del CNA se negó a permitir tales demandas, no sólo por razones tácticas, estratégicas y pragmáticas (los efectos de esas formas de violencia sobre la sociedad civil post-apartheid y sobre el régimen), sino también por una cuestión de principios políticos. Se argumentó que los movimientos de emancipación no toman a la población civil como su principal objetivo.

Me gustaría sugerir que hay una diferencia fundamental entre los movimientos que no se dirigen contra los civiles al azar (como el Viet Minh, el Viet Cong y el ANC) y los que sí lo hacen (como el IRA, al-Qaeda, Hamas). Esta diferencia no es simplemente táctica, sino profundamente política; hay una relación entre la forma de usar la violencia y la forma de hacer política. Es decir, quiero sugerir que el tipo de sociedad y política futuras expresada implícitamente por la praxis política de los movimientos sociales militantes que distinguen los objetivos militares de los civiles, no es el mismo que el que implica la praxis de los movimientos que no hacen esa distinción. Estos últimos tienden a estar preocupados por la identidad. En el sentido más amplio, se trata de nacionalistas radicales, que operan sobre la base de una distinción amigo/enemigo que esencializa a una población civil como el enemigo y obtura la posibilidad de una convivencia futura. Por esa razón, los programas de tales movimientos suelen ser pobres en lo que se refiere al análisis socioeconómico encaminado a transformar las estructuras sociales (lo que no debiera confundirse con los servicios sociales que estos movimientos puedan o no proveer). En tales casos, la dialéctica del siglo XX entre la guerra y la revolución se convierte en la subsunción de la "revolución" en la guerra. Sin embargo, lo que aquí me preocupa tiene menos que ver con ese tipo de movimientos, que con los actuales movimientos de oposición en las metrópolis y la razón por la que han tenido dificultades para distinguir entre estas formas de "resistencia" tan diferentes.

El atentado del 11 de septiembre de 2001 cuestiona algunas de las ideas relativas a la violencia y la resistencia que se extendieron en algunos segmentos de la Nueva Izquierda a finales de los sesenta y principios de los setenta de manera tan fundamental como la invasión soviética de Praga en agosto de 1968 y, finalmente, el colapso de los Estados comunistas de Europa en 1989-91 cuestionaron el leninismo como discurso hegemónico, marcando el final del periodo iniciado en 1917.

Mirando hacia atrás, a finales de los sesenta y principios de los setenta podemos discernir un importante giro político cuando lo que entonces era la Nueva Izquierda pasó de ser un movimiento poco definido que abogaba por la resistencia no violenta y la transformación social a convertirse en un movimiento militante fragmentado. Algunos de esos grupos fragmentados comenzaron a glorificar la lucha armada y/o a perpetrar ellos mismos actos violentos. En relación con esto, se incrementó el apoyo a grupos como el IRA (Ejército Republicano Irlandés) Provisional y el FPLP (Frente Popular para la Liberación de Palestina), grupos que tenían poco en común con los movimientos comunistas y socialistas que antes caracterizaban e imbuían a la izquierda. Una violencia que era fundamentalmente diferente de aquella que había sido hegemónica en la izquierda durante gran parte del siglo XX fue crecientemente promovida localmente y apoyada internacionalmente.

El modo en que la violencia se conceptualizó tenía mucho en común con la visión de la violencia promovida por Georges Sorel a principios del siglo XX. En *Reflexiones sobre la Violencia* (1908), Sorel presentó la violencia como un acto purificador de autoconstitución que se dirigía en contra de la decadencia de la sociedad burguesa. Una concepción similar de la violencia, como acto de regeneración redentora, como expresión política de los dictados de la voluntad pura, estuvo por supuesto en el centro de las concepciones fascista y nazi del nuevo hombre y el nuevo orden.

Después de la Segunda Guerra Mundial, algunos segmentos de la izquierda adoptaron esta amalgama de actitudes, que en algunos casos se transmitió por vía del existencialismo. Este fue el caso especialmente a finales de los cincuenta y durante los sesenta, a medida que la crítica social se centró cada vez más en las formas burocráticas y tecnocráticas de dominación y cuando la Unión Soviética era crecientemente percibida como co-participante de la cultura dominante de la racionalidad instrumental. En este contexto, se llegó a entender la violencia como una fuerza no cosificada y

purificadora que brotaba desde un afuera, identificado ahora como lo colonial, atacando las bases mismas del orden existente<sup>11</sup>.

Una ironía implicada por esta postura “radical”, por la concepción de la violencia como creativa, purificadora y revolucionaria, es que ésta expresa y afirma una característica central del capitalismo: su incesante revolución del mundo mediante olas de destrucción que hacen posible la creación y la expansión ulterior. (Al igual que en la concepción liberal del actor racional, la noción existencialista/anarquista de la autoconstitución de la personalidad a través de la violencia implica proyectar sobre el individuo aquello que caracteriza a las entidades corporativas en el capitalismo).

Hannah Arendt<sup>12</sup> proporcionó una crítica contundente al tipo de pensamiento acerca de la violencia que se encuentra en las obras de Georges Sorel, Vilfredo Pareto y Frantz Fanon. Según Arendt, esos pensadores glorificaron la violencia por la violencia. Motivados por un odio mucho más profundo de la sociedad burguesa que la izquierda convencional, para la cual la violencia podría ser un medio en la lucha por una sociedad justa, Sorel, Pareto y Fanon vieron la violencia *per se* como inherentemente emancipadora, como una ruptura radical con las normas morales de la sociedad. Retrospectivamente, podemos constatar que el tipo de violencia existencialista que se promovió quizás pudo haber roto con la sociedad burguesa —y no, sin embargo, con el capitalismo. De hecho, la violencia parece adquirir importancia principalmente durante las transiciones de una configuración histórica del capitalismo a otra.

Pensando con Arendt, voy a abordar brevemente el resurgimiento que se dio a finales de los sesenta de las glorificaciones de la violencia de tipo soreliano. El final de los sesenta fue un momento histórico crucial en el que la necesidad del presente<sup>13</sup> del orden social actual, fue radicalmente puesta en cuestión. Visto retrospectivamente, aquel fue un momento en que el capitalismo fordista estatocentrado y su equivalente estatista “socialista realmente existente” se topó con sus límites históricos. Sin embargo, los intentos de superar esos límites fueron singularmente infructuosos, incluso en un nivel conceptual. Las esperanzas utópicas se iban nutriendo mientras la síntesis fordista comenzaba a deshacerse. Al mismo tiempo, el objetivo del descontento social, político y cultural devino exasperantemente escurridizo y ubicuo. Se percibían presio-

<sup>11</sup> Postone sin duda se refiere a las interpretaciones a las que dio lugar el célebre prólogo de Jean Paul Sartre (1961) a *Los condenados de la tierra* de Frantz Fanon, escrito en el clima de enorme violencia previo a la independencia de Argelia, y que posteriormente fue una influencia central de los movimientos armados de los sesenta y setenta en diversas partes del mundo [N. de los T.]

<sup>12</sup> Véase Arendt (2005 [1970]: 21-2, 32-4, 881-10) [N. de los T.].

<sup>13</sup> El concepto de la “necesidad del presente” en Postone, se refiere nuevamente a las necesidades históricas que el capital impone especialmente en los giros históricas globales, como por ejemplo el de finales de los sesenta e inicios de los setenta, que constriñen las posibilidades de agencia histórica [N. de los T.].

nes en favor del cambio que estaban de hecho presentes, pero el camino hacia el cambio no estaba nada claro.

En ese periodo, estudiantes y jóvenes no estaban reaccionando tanto contra la explotación como contra la burocratización y la alienación. Los movimientos obreros clásicos no sólo parecían incapaces de abordar los temas más candentes para muchos jóvenes radicales, sino que esos movimientos —así como los regímenes “socialistas realmente existentes”— parecían estar profundamente implicados en precisamente aquello contra lo que estudiantes y jóvenes se estaban rebelando.

Frente a esta nueva situación histórica, esta *terra incognita* política, muchos movimientos de oposición dieron un giro hacia lo conceptualmente familiar, y se centraron en las expresiones concretas de dominación, como la violencia militar o la dominación política burocrática del Estado policial. Tal enfoque hizo posible una concepción de la política de oposición que era ella misma concreta y, con frecuencia, particularista (por ejemplo, el nacionalismo). Ejemplos de esto fueron las formas concretistas de antiimperialismo, así como el creciente interés de algunos en la dominación concreta en el Este comunista. Por muy diferentes, e incluso opuestas, que estas respuestas políticas pudieran haber parecido en aquel momento, ambas omitieron la naturaleza de la dominación abstracta del capital justo cuando el régimen del capital estaba deviniendo menos estatocéntrico y, en ese sentido, aun más abstracto.

El giro hacia una violencia soreliana fue un momento este giro hacia lo concreto. La violencia, o la idea de la violencia, se veía como una expresión de la voluntad política, de la agencia histórica, haciendo frente a las estructuras de la burocratización y la alienación. Ante la alienación y la estasis burocrática, la violencia era considerada como creativa, y la acción violenta per se era vista como revolucionaria. Sin embargo, a pesar de la asociación entre violencia y voluntad política, yo diría, como Arendt, que las causas de la nueva glorificación de la violencia a final de los sesenta residían en una severa frustración de la facultad de acción en el mundo moderno. Es decir, expresaba la desesperación subyacente con respecto a la eficacia real de la voluntad y de la agencia política. En una situación histórica de indefensión extrema, la violencia expresaba la rabia por esa indefensión y a la vez ayudaba a eliminar esa sensación de indefensión. La violencia se convirtió en un acto de auto-constitución como ajeno [*outsider*], como Otro, más que en un instrumento de transformación. Sin embargo, centrado como estaba en la estasis burocrática del mundo fordista, fue un eco de la destrucción de ese mundo por la dinámica del capital. La idea de una transformación radical quedó entre paréntesis y, en vez de ello, aquella fue sustituida por la noción más ambigua de resistencia.

Sin embargo, la idea de resistencia nos dice poco sobre la naturaleza de aquello que estaría siendo resistido o de la política sostenida por la resistencia implicada —es decir, sobre el carácter de las formas determinadas de crítica, antagonismo, rebelión y “revolución”. La noción de resistencia expresa frecuentemente una visión del mundo profundamente dualista que tiende a cosificar tanto el sistema de dominación como la idea de agencia. Rara vez se basa en un análisis reflexivo de las posibilidades de cambio radical que son tanto generadas como eliminadas por un orden dinámico heterónimo. En ese sentido [la idea de resistencia] carece de reflexividad. Es una categoría no dialéctica que no capta sus propias condiciones de posibilidad; es decir, no consigue captar el contexto histórico dinámico del que forma parte. Asimismo, difumina distinciones importantes entre formas de violencia políticamente muy diferentes.

Lo que he caracterizado como un giro hacia lo concreto frente a la dominación abstracta es, por supuesto, una forma de cosificación. Puede expresarse de varias maneras. Dos que han surgido con considerable fuerza en los últimos 150 años han sido la fusión de la hegemonía británica y, posteriormente, estadounidense, con el capital global, y/o la personificación de este último como los judíos. Este giro hacia lo concreto, unido a una visión del mundo fuertemente influenciada por los dualismos de la Guerra Fría (incluso entre izquierdistas críticos con la Unión Soviética), ayudó a constituir un marco de comprensión, dentro del cual han operado las recientes movilizaciones de masas contra la guerra, donde la oposición a un poder global no apuntaba ni siquiera implícitamente hacia una deseable transformación emancipadora, desde luego no en Oriente Próximo. Una comprensión cosificada como esa termina apoyando tácitamente a movimientos y regímenes que tienen mucho más en común con formas reaccionarias —incluso fascistas— de rebelión anteriores que con cualquier cosa que podamos calificar de progresista.

He descrito un *impasse* en la izquierda actual y he tratado de relacionarlo con una forma cosificada de pensamiento y sensibilidad que expresaba la desintegración de la síntesis fordista que comenzó a finales de los sesenta y principios de los setenta. En mi opinión, este *impasse* expresa una compleja crisis de la izquierda relacionada con la percepción de que la clase obrera industrial no era y no se iba a convertir en un sujeto revolucionario. Al mismo tiempo, esta crisis se relacionaba con el fin del orden estatocéntrico. El poder del Estado como agente de cambio socialdemócrata fue socavado, y el orden global pasó de ser internacional a ser supranacional. Quisiera exponer brevemente un aspecto adicional de la cosificación asociado con el *impasse* de la izquierda al enfrentar el colapso del fordismo. Por supuesto, los sucesivos regímenes estadounidenses han promovido el capitalismo neoliberal global. Sin embargo, fundir por completo el orden neoliberal global con los Estados Unidos sería un error colosal,

tanto política como teóricamente. A finales del siglo XIX y principios del XX, el papel hegemónico de Gran Bretaña y del orden mundial liberal fue desafiado por el creciente poder de una serie de Estados-nación, sobre todo Alemania. A estas rivalidades, que culminaron en dos guerras mundiales, se las llamaba rivalidades imperialistas. Hoy podemos estar viendo los comienzos de un retorno a una era de rivalidad imperialista en un nivel nuevo y ampliado. Una de las emergentes áreas de tensión es la que se da entre las potencias atlánticas y una Europa organizada en torno a un condominio franco-alemán<sup>14</sup>.

En parte, la guerra en Irak puede entenderse como una salva de apertura de esta rivalidad. Mientras que, hace un siglo, los alemanes trataron de desafiar al Imperio Británico por medio del ferrocarril Berlín-Bagdad, más recientemente, el régimen baazista iraquí estaba camino de convertirse en un Estado vasallo [*client state*] franco-alemán. Es muy significativo que en el año 2000 el Irak de Saddam Hussein se convirtió en el primer país que reemplazó el dólar por el euro como divisa en la venta de petróleo. Esta sustitución, por supuesto, desafiaba la posición del dólar como divisa mundial. La cuestión no es si el bloque del Euro representa una alternativa progresista o regresiva a Estados Unidos. Más bien es que, plausiblemente, esta acción (y la reacción estadounidense) puede ser vista como la expresión de los inicios de una rivalidad intercapitalista a escala global. El significado de "Europa" está cambiando. En la actualidad se está construyendo como un posible contrahegemón [*counter-hegemon*] de Estados Unidos.

El intento estadounidense de reafirmar el control sobre el Golfo y su petróleo debería entenderse como preventivo, pero en un sentido diferente a la forma en que el término fue utilizado por los ideólogos de la administración Bush y sus críticos. Yo diría que la acción estadounidense es un ataque preventivo contra la posible emergencia de Europa o China (o cualquier otra potencia) como superpotencia militar y económica rival, es decir, como un rival imperial. El resurgimiento de las rivalidades imperialistas exige recuperar las formas no-dualistas de internacionalismo.

Por muy reprochable que la actual administración estadounidense pueda ser —y desde luego lo es en una gran cantidad de temas— la izquierda debería tener mucho cuidado de no convertirse, sin quererlo, en buey de cabestrillo [*stalking horse*] al servicio de quien pudiera convertirse en un hegemón rival. En vísperas de la Primera Guerra Mundial, el Estado Mayor alemán consideró que era importante para Alemania que la guerra se librara contra Rusia, además de contra Francia y Gran Bretaña. Debido a que Rusia era el poder europeo más reaccionario y autoritario, la guerra entonces po-

<sup>14</sup> Postone se refiere a la oposición de los gobiernos de Francia y Alemania a la guerra de Irak en 2003. [N. de los T.].

día presentarse como una guerra por la cultura de Europa central contra el oscuro barbarismo de Rusia, lo cual garantizaba el apoyo socialdemócrata a la guerra. Esta estrategia política tuvo éxito —y resultó en una catástrofe para Europa en general y para Alemania en particular. Estamos muy lejos de una situación de pre-guerra como la de 1914. Sin embargo, la izquierda no debería cometer un error similar al apoyar, aunque sea implícitamente, a los contrahegemonos emergentes para defender la civilización contra la amenaza que representa un poder reaccionario.

Por difícil que sea la tarea de comprender y enfrentarse al capital global, es de crucial importancia recuperar y reformular un internacionalismo global. Conservar el imaginario político cosificado y dualista de la Guerra Fría corre el riesgo de constituir una forma de política que sería, en el mejor de los casos, muy discutible desde el punto de vista de la emancipación humana, por mucha gente que pudiera movilizar.

## **Bibliografía**

Arendt, H. 2005 [1970]. *Sobre la violencia*. Madrid: Alianza.

Arrighi, G. 1999. *El largo Siglo XX*. Madrid: Akal.

Chomsky N. 2001. "A Quick Reaction", *Counterpunch*, 12 de septiembre, ([enlace](#)).

Fisk R. 2001. "Terror in America," *The Nation*, 1 de octubre, ([enlace](#)).

Klein, N. 2001 "Game Over," *The Nation*, 1 de octubre, ([enlace](#)).

Postone, M. 2001. "La lógica del antisemitismo", pp. 19-42 en *La crisis del Estado Nación: Antisemitismo-Racismo-Xenofobia*, editado por M. Postone, J.Wajnsztein y B. Schulze. Barcelona: Aikornio ediciones.

Postone, M. 2006. *Tiempo, trabajo y dominación social. Una reinterpretación de la teoría crítica de Marx*. Madrid: Marcial Pons.

Sartre, J.P. 1961. Prefacio a Frantz Fanon, *Los Condenados de la Tierra*. París: Maspero.

Zinn, H. "Violence Doesn't Work", *Progressive*, 14 de septiembre, ([enlace](#)).